

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

El Principe D. Carlos, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—
Una esperanza, poesía, por doña Isabel Poggi.—*El diamante*.—
Á una azucena, poesía, por D. Ernesto García Ladevese.—*El pájaro-mosca*.—*Guillermo Monci* (continuacion), por doña Rogelia Leon.—*Revista de teatros*, por D. Leandro A. Herrero.—
Modas: *Correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—
Explicacion del pliego de dibujos.—Variedades.
Pliego trece del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.
Pliego doce de *Leyendas Granadinas*, por doña Rogelia Leon.

EL PRINCIPE D. CÁRLOS.

Tu muerte injusta fué; pero el Estado
Con ella respiró; si tú vivieras,
Rota la paz, turbada la armonía
De un imperio hasta allí quieto y sereno,
Tú profanarás su inocente seno
Con la atroz sedicion, con la herejía.

(QUINTANA: Panteon del Escorial.)

Existe un período en la historia de España, un reinado original y deslumbrante, donde al lado de una grandeza, hallaremos siempre un misterio, for-

mando, digámoslo así, una continua contraposicion de esplendor y terrores, de luz y de sombra; es el reinado de Felipe II.

Parece que España, en el exterior, se ha ceñido un ropaje de brillantes colores que deslumbran, mientras en el interior, en la vida íntima del rey y de su corte, se cubre con un velo denso y lúgubre que estremece. De aquí aquella contraposicion de grande y de terrible; de aquí las victorias de Lepanto y San Quintín, la humillacion de las dos razas más poderosas y características, la oriental y la germana, junto á esa infinidad de glorias que constituyen la aureola exterior de la nacion; de aquí tambien las misteriosas muertes de Egmon y Montigni, la persecucion de Antonio Perez, los nefandos autos de fé, y todo ese cúmulo de justicias terribles que vienen formando la oscura niebla con que, al través de los siglos, se rodea aun Felipe II, el más nacional de nuestros reyes, el más astuto de nuestros políticos.

No es ahora nuestro ánimo entrar con el escarpelo en el cuerpo de la historia. Al través de todo ese tropel de políticos y de héroes, de víctimas y de verdugos, aparece una figura á quien la humanidad ha

saludado con el nombre de mártir y la poesía ha engalanado con todos sus colores.

Es D. Carlos de Austria, hijo y heredero del rey D. Felipe.

Historiadores extranjeros, en número no pequeño, se han valido de la memoria de este príncipe para inventar y fraguar novelescas leyendas, con el poco caritativo objeto de manchar la majestad del monarca, que, si demasiado severo en tal suceso, no por ello aparece en él con la máscara que le han atribuido.

Si bien es verdad que aprisionar un rey á su propio hijo, y formarle proceso criminal, era cosa nueva en Castilla, y de por sí ruidoso y sorprendente, compréndese á todas luces al leer los relatos referentes al desdichado príncipe; una tenacidad importuna, porque prevalezca la pasión y odio al padre sobre la imparcialidad y la justicia.

El príncipe D. Carlos, primogénito de Felipe II y de su primera mujer, doña María de Portugal, nació en Valladolid á 8 de Julio de 1545, quedando huérfano de madre á los tres días de su nacimiento.

La privación de los cuidados maternales, y el alejamiento de su padre, ocupado en sostener el peso de tan poderosa monarquía, fueron, á no dudar, las causas primeras de la formación de aquel carácter frío, irascible é indomable, que, desde sus tiernos años, comenzó á desplegar el joven heredero del trono español.

Pruebas inequívocas de que las afecciones más dulces no hallaban todo el eco que debieran en su corazón dió el príncipe, y pueden comprenderse con solo leer imparcialmente y con atención los sucesos de su vida.

Nacido el desdichado para otra época sobre la cual no pesase como la suya el fiero yugo del fanatismo, contrariado en sus instintos, respirando aquella atmósfera de plomo que ahogaba hasta el pensamiento, D. Carlos era un águila arrogante, que, pugnando por hendir los aires, tendió sus alas y se abrasó.

El que hubiera sido un héroe en tiempo de su abuelo, tuvo que ser un mártir en el de su padre.

El hijo de Carlos V, coloso de orgullo y de nacionalidad, comprendió que el atrevido amigo de los protestantes, el osado mancebo á quien al morir había de entregar el cetro, era el Jehová donde se estrellara la monarquía. Decidido protector de los flamencos, D. Carlos, impetuoso y violento, aprecia-

dor en poco del destino que le aguardaba, sin poder ser hipócrita, que era un crimen en aquel tiempo; dando rienda suelta á sus pasiones, vino á parar al abismo. Hijo de sus caprichos, sin fuerza para sujetar su voluntad, fiero con sus servidores y adusto y burlon con su padre, el infeliz príncipe llegó á ser un enemigo del trono de Felipe.

La historia habla; pero no la historia parcial y novelesca, no las creaciones de Schiller y otros poetas, sino los relatos fehacientes.

Lejos de nosotros la idea de vindicar al rey Felipe; somos los primeros en culpar su severidad, de reprobar su sangre fría, digna del ajusticiador de Lanuza, del perseguidor de Antonio Perez y del verdugo, en fin, de tantas desdichadas víctimas.

Preso D. Carlos en sus propias habitaciones, bien caras pagó todas sus culpas; el misterio envuelve aquel ruidoso proceso que terminó con un sacrificio.

Irascible hasta sus últimos días, entregado á toda clase de escesos, sin regla en sus costumbres vitales, D. Carlos, prisionero en uno de los torreones del alcázar, presa de la fiebre y después de una lenta agonía, murió como cristiano en los brazos de sus más leales servidores el 24 de Julio de 1568, siendo enterrado en el coro del convento de Santo Domingo, y trasladado después al Escorial.

¿Pudo ser aquella muerte violenta? ¿encerraba aquella catástrofe un parricidio? Dios lo sabe; interés había en afirmarlo; poderosas razones para negarlo.

Fábulas sin cuento vagan en derredor de este suceso; el pincel de los poetas ha recargado siempre de luz al hijo, y cubierto de sombra al padre; los historiadores extranjeros veían también, en oscurecer el cuadro, bella ocasión para amenguar la gloria del vencedor de San Quintín, del espanto de Inglaterra, del celoso guardian del Catolicismo, del engrandecedor de España.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

UNA ESPERANZA.

EN EL ALBUM DE D. CLAUDIO F. SARMIENTO.

¡Lloras.....! ¿Por qué esas lágrimas,
Que corren silenciosas
Por tu semblante pálido,
Y dejan ardorosas,
Al deslizarse trémulas,

Las huellas en redor?
 ¿Por qué tu frente inclinase,
 Cual planta marchitada?
 ¿Por qué su brillo fúlgido
 Perdió ya tu mirada,
 Y emites ¡ay! funéreo,
 Que nuncio es de dolor?

Si viste la flor célica
 De tu ilusion más pura,
 Que acariciaban plácidas
 Las áuras de ventura,
 Cuando aspiró tu espíritu
 Su aroma virginal.
 Á impulsos del horrisono
 Fiero aquilon violento,
 Su dulce hechizo mágico
 Perder en un momento,
 En penas ¡ay! tornándose
 Su encanto divinal.

Recuerda que es tristísima
 La senda que aquí hollamos.....

Tras una luz angélica
 Ansiosos nos lanzamos;
 ¡Y solo espinas hórridas
 La planta huella aquí!
 Yo, como tú, esa vívida
 Y hermosa luz seguía,
 Y á sus reflejos nítidos,
 Que eternos yo creía,
 Con inocente júbilo
 Gozosa sonrei.

Más ante mí de súbito
 Se alzó de los dolores,
 La nube, que fatídica
 Los bellos resplandores
 Del astro aquel purísimo
 Cubrió con negro tul.
 De entoce triste aléjase
 Del mundo mi mirada,
 Y á la mansion etérea,
 Está siempre elevada,
 Porque mis dichas únicas
 Guarda ese velo azul.

¿Qué importa que los míseros,
 Mortales en su orgía,
 Desoigan nuestros cánticos,
 Y en pos de la alegría,
 Y del placer efímero,
 Se lancen con ardor?

¿Qué importa su malévola
 Y mofadora risa,
 Si allá entre nubes diáfanas
 Brillante se divisa
 De gloria el láuro espléndido,
 Que al vate da el SEÑOR?

Si aquí entre sendas áridas
 Doliente el alma gime:
 Si amarga pena insólita
 Al corazón oprime:
 Si en vano el hombre esfuerzase
 Venturas por hallar;
 ¡Oh vate! á la zafírea
 Region tu mente lanza,
 Y allí hallareis santísimas
 La dicha y la esperanza,
 Y puros goces múltiples,
 Que no han de terminar.

ISABEL POGGI.

EL DIAMANTE.

El diamante no se encuentra hasta el día más que en tres puntos, situados á gran distancia uno de otro: las Indias Orientales, el Brasil y los montes Ourales en Siberia. Los terrenos donde existe el diamante son todos de una naturaleza análoga, á saber: terrenos de aluvion, arenosos, arrastrados por las aguas, que contienen tambien piedras preciosas, pepitas de oro, y á veces de platino; conjunto de riquezas minerales que parece indicarnos que estos cuerpos, aunque poco esparcidos en la naturaleza, han podido formarse en el mismo sitio bajo la influencia de las mismas causas.

Los diamantes afectan varios estados; algunos aparecen en formas de cristales perfectamente caracterizados, que representan figuras geométricas, como el octaedro, el cubo ó el dodecaedro romboidal.

Las minas de la India son las que de más antiguo se conocen. En las cercanías de Golconda en 1622 existían ya más de treinta mil obreros ocupados en buscar y trabajar el diamante. Bengala y la isla de Borneo han sido explotadas posteriormente.

En el Brasil, el *lavado del cascalho* (nombre que allí se da á la tierra diamantífera), se efectúa sobre un plano inclinado, por medio de casetas, en cada una de las cuales circula una corriente de agua. Un negro, colocado en cada caseta, lava por pequeñas por-

ciones las arenas que se separan de la parte fangosa y quedan en el plano. Cuando encuentra un diamante, llama con palmadas y lo entrega á uno de los inspectores, que desde asientos elevados vigilan el trabajo. El negro que halla un diamante de gran valor, es recompensado, y por uno que pese tres gramos y medio próximamente, se le festeja y pone solemnemente en libertad.

El arte de cortar los diamantes aumenta mucho su brillantez y belleza. Este arte, desconocido por largo tiempo, no se practicó hasta el año de 1576. Un habitante de Brujas, Luis de Berquem, fué el primero que descubrió el medio de cortarlos, y el primer diamante que cortó se lo envió á Carlos el Temerario, que le recompensó con esplendidez. Parece, sin embargo, que en el inventario de las joyas del duque de Anjou, formado hácia el año de 1360, se hablaba ya de diamantes tallados. Es probable que ese tallado fuese muy imperfecto; porque realmente no se ha llegado á trabajar bien el diamante hasta despues de los estudios de Berquem, que descubrió el tallado, observando que el polvo de los mismos diamantes era la única materia capaz de pulimentarlos.

Existen dos clases de tallado: *el tallado en figura de rosa*, que se usa desde hace cerca de doscientos años, y *el tallado en brillante*, que es más hermoso, y cuyos primeros trabajos se hicieron en tiempo de Mazarino, en doce diamantes que se conservan entre las pedrerías de la corona de Francia, con el nombre de los *doce Mazarinos*.

El tallado en figura de rosa, se distingue por el vértice que forman las caras triangulares de una pirámide, y por su ancha base plana, que cubre siempre el engaste de la joya.

El tallado en brillante presenta en el vértice una cara plana, llamada tabla, alrededor de la cual irradian las caras triangulares y las romboédricas: la parte inferior está formada por una superficie piramidal rodeada de caras, y truncada en el vértice por una pequeña tabla plana. Los diamantes en bruto que no son susceptibles del tallado, se pulverizan y sirven para labrar los demás.

En el comercio de joyas se ha adoptado como unidad de peso para la venta de los diamantes el quilate que representa cuatro granos. Esta costumbre proviene de que los habitantes de la Judea emplearon desde el principio para pesar los diamantes una especie de haba, producida por un vegetal de la familia de las *ere trinias*, llevada de África, donde desde tiempo inme-

morial la tal haba servía para pesar el oro. El árbol que la produce se llama *kuara* y por derivacion se le ha dado el nombre *kuarat karat*, ó quilate, conservándose así en el lenguaje y uso de los joyeros.

Las minas del Brasil empezaron á ser conocidas á principios del siglo xvii; en la actualidad sostienen un comercio, enviando á Europa todos los años cinco ó seis kilogramos de diamantes en bruto, los cuales son reducidos por el tallado al peso de 100 á 130 gramos. Para obtener estos cinco ó seis kilogramos de diamantes en bruto, es preciso gastar por lo menos un millon de francos en su explotacion; si á esto se añade lo que cuesta el tallado, se comprenderá el precio elevado de los diamantes.

Los montes Ourales en Siberia no han sido considerados como diamantíferos hasta hace unos cuarenta años. Su produccion es mucho menor que las de la India y el Brasil.

La estraccion de los diamantes en la India se practica sometiendo á un lavado las arenas que se supone contiene la piedra preciosa. El agua arrastra las materias terrosas, y el fango que queda se estiende en un paraje bien bañado por el sol; hombres desnudos buscan en este residuo, despues de seco, las pepitas brillantes que el lavado ha despojado del fango. Los inspectores vigilan el trabajo.

Los diamantes en bruto que no son á propósito para el bruñido, se venden á 30 ó 36 francos el quilate; los de buena calidad, que deben someterse al tallado, se venden á 48 francos el quilate, lo que equivale á 230 francos el gramo, cuando su peso no esceda de un gramo; pero si escediese, se le valúa multiplicando por 48 el cuadrado de su peso.

Los precios de los diamantes tallados varían segun su belleza, su pureza y la dificultad del tallado. En general, los diamantes tallados en forma de rosa se venden desde 60 á 125 francos el quilate, y aun más algunas veces. Los tallados en brillante se venden desde 200 á 250 y hasta 290 francos. Los diamantes que pesen más de un quilate son raros; se encuentran de 5 á 6 quilates, y aun de 12 á 20, pero no se conocen sino muy pocos que pesen 400 quilates, y los que pasan de este límite son escepcionales, y se hallan incluidos entre las curiosidades maravillosas.

El mayor diamante conocido hasta la fecha pertenece al radjah de Mattan, en Borneo; no pesa menos de 300 quilates. El del emperador del Mogol pesa 279.

El diamante del czar de Rusia pesa 493 quilates;

su tamaño es el de un huevo de paloma. Lo robó del templo de Brama un granadero francés que huyó á Madrás, y lo vendió en 50.000 francos á un capitán de buque. Este, á su vez, lo vendió en 300.000 francos á un judío, el cual lo cedió en seguida á un mercader griego. De manos de este mercader pasó por fin á las de la emperatriz Catalina, que pagó al contado 2.500.000 francos, y además señaló al vendedor una renta vitalicia de 100.000.

El diamante del emperador de Austria pesa 139 quilates, y está valuado en 2.608.335 francos.

Pero el más hermoso que se conoce hasta el día, sea por su forma, sea por su limpidez, es el de la corona de Francia, llamado el *Regente*. Fué adquirido durante la menor edad de Luis XV por el duque de Orleans, regente del reino, en 3.375.000 francos.

Pues bien; esa sustancia tan preciosa á los ojos de todo el mundo, tan buscada como el más rico de los adornos, es idéntica, según ha probado la química, en su esencia íntima, á un pedazo de carbon para el que apenas tenemos una mirada de desden.

Á UNA AZUCENA.

Flor inocente y bella, que en el prado
Se halló la más hermosa entre las flores;
Cuyo cáliz risueño y perfumado
Á la Luna y al Sol roba fulgores;
Cuyo tallo flexible, delicado
Se adormece tranquilo, sin temores,
¡Ay! siempre adoré yo tu pura esencia
Porque tú eres la flor de la inocencia.

Leve, tranquila, suave, cariñosa,
La brisa resbaló sobre tu frente:
Como mi alma, lánguida, amorosa;
Como mi corazón, pura, inocente.
Nunca enturbió tormenta borrascosa
De tu jardín el aromado ambiente;
Ni de tu cáliz absorbió la esencia
Porque tú eres la flor de la inocencia.

Siempre en mi pecho sin cesar te tuve;
Siempre en mi pecho te llevé prendida:
Viniste á disipar la oscura nube
De las pasiones de la triste vida.
Con inmenso valor yo te sostuve
Siempre dentro del alma, y escondida
En silencio adoré tu pura esencia
Porque tú eres la flor de la inocencia.

¡Nunca te olvidaré, bella flor mía!
Ni en medio mis dolores y quebranto
Ni en medio el padecer de mi agonía
Jamás olvidaré tu dulce encanto!
Tú eres la flor que mis pasiones guía;
Tú eres la flor que dispó mi llanto.....
¡Ay! siempre adoraré tu pura esencia,
Porque tú eres la flor de la inocencia.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

EL PÁJARO-MOSCA.

Esta avecilla, cuyo tamaño varía desde las vigorosas proporciones del vencejo hasta las exiguas de la abeja, no se encuentra sino en el continente americano; pero se nota gran diversidad en sus hábitos. Ora frecuenta los valles ó las llanuras, ora vive junto á los ríos, á orillas del mar, sobre las más altas montañas, á cuatro ó cinco mil metros de elevación: ora, por último, le conviene, sea un cielo tropical, sean ventisqueros y nieves perpétuas.

En movimiento desde que amanece el día, ó desde que el crepúsculo de la tarde esparce sus primeras sombras, vuela de flor en flor, recogiendo en el cáliz de éstas, con auxilio de un largo pico y una lengua bifurcada, algún polen, y sobre todo larvas é insectos. También allí bebe las gotas de rocío que satisfacen su sed.

El vuelo del pájaro-mosca recuerda, por su agitación febril de las alas y por el ruido que la acompaña, la mariposa esfinge de las cercanías de París.

Como no sale del nido más que al clarear el alba, ó cuando el día espira, las descripciones que los viajeros hacen de este záfiro vivo, que brilla con los rayos del sol, son aventuradas. Apenas es dado observar los admirables colores del pájaro-mosca, á no ser en la colección de algún naturalista. Mientras se traslada, lleno de vida, de planta en planta, no se ve sino un pequeño objeto vago, sombrío, confuso, cuya presencia es perceptible más bien á los oídos que á los ojos.

En las raras ocasiones que se puede observarle de cerca, ya en los bosques, ya próximo á las habitaciones, se le encuentra empollando los huevos en un nido del tamaño del dedo de un guante, fabricado de matas enlazadas y corteza de líquen guarnecido de copos lácios que le suministran las plantas de los alrededores.

El plumaje del pájaro-mosca hembra se parece al del gorrión; al contrario el del macho, sea de la especie que fuere, tiene los colores del záfiro, de la esmeralda y de las más brillantes piedras preciosas. Acostumbra, como para ostentar mejor sus galas, girar en torno de su compañera, la cual le contempla con muda admiración, posada siempre en la rama de un arbusto.

De común acuerdo se ponen luego á construir un nido, donde á los pocos días hay ya dos ó tres huevos de un blanco mate, y que por lo regular no exceden del tamaño del grano de mostaza de que habla el Evangelio.

Mientras la hembra los empolla con maternal solitud, el macho permanece junto al nido, menos cuando va en busca del alimento necesario para su compañera.

Después que nacen los polluelos, ambos velan por su seguridad; no estando de más cuantos cuidados empleen, porque los enemigos del pájaro-mosca son muchos, peligrosos, y de una fuerza y destreza formidables.

El vencejo y el papamoscas acechan por la mañana el momento de regalarse con la cria durante la ausencia del macho. Si logran burlar la vigilancia de éste, arrojan del nido á la hembra, y devoran en un abrir y cerrar de ojos á los pequeñuelos. Pero ¡ay de ellos si el macho llega entretanto! Sin medir las fuerzas del agresor, se lanza sobre él y le mortifica á picotazos, no siendo raro el caso de caer uno y otro sin vida.

El Dr. Hebert Frantz, alemán paciente, como se encuentran á menudo en su país, de esos hombres que consagran años enteros al estudio de las costumbres de una sola especie de animales, refiere que vió en el Brasil una araña grande empeñada en singular combate con el pájaro-mosca.

La araña era como la palma de la mano. Había empezado por sacar del nido á la hembra y matarla; apenas la pobrecilla tuvo tiempo para arrojar un grito de suprema angustia.

Este grito fué oído por el macho, que acudió lleno de desesperación y de ira, y empezó la lucha entre la araña y el pájaro-mosca. El combate duró más de un cuarto de hora. Las patas y las uñas de la araña se cebaban en las plumas del enfurecido pájaro, el cual, á pesar de las heridas que recibía y de la sangre que iba perdiendo, volvía sin cesar á la carga. Por último sucumbió: entonces la araña cogió los dos

cadáveres de sus víctimas, y se los llevó lentamente á su agujero.

El pájaro-mosca no puede vivir cautivo; si bien se domestica, hasta el punto de entrar en las habitaciones, é ir á comer azúcar en los labios mismos de los jóvenes. Enjaulado, no tarda en morir, y son raros los ejemplos de pájaro-moscas que hayan vivido presos un mes.

Sus especies se cuentan á centenares.

GUILLERMO MONCI.

(Continuacion.)

Pero no hay que juzgar á Dios tan ligeramente, ni desconfiar nunca de su justicia previsora y grande.

Las situaciones se cambian en el mundo con más facilidad que los aires y las nubes que ruedan por el espacio.

Ayer vimos un árbol verde y frondoso en medio de un valle hechicero, y mañana, al ir á buscarle, vemos que se han secado sus hojas y las ha arrebatado el huracán.

Las semillas de una olorosa planta que hermoseaba nuestros jardines, es arrebatada por la corriente de un río, ó por las tormentas y los vientos, y pasa á reproducirse y á dar sus bellísimas flores á los más ignorados lugares del mundo.

La maciza piedra que hicieron poner nuestros abuelos en el gigante muro de sus castillos, hoy sirve quizás de pedestal en alguna mezquita lejana, ó en el sepulcro solitario de una raza enemiga y cruel.

Así, no os alarméis, piadosos lectores, de escuchar los aullidos del lobo, ya próximo á devorar á la niña de Guillermo.

¿Pero quién sujeta la sensibilidad de las buenas almas? ¿quién no sufre á la vista de la lectura de un sufrimiento?

Por eso Dios debe compadecer nuestros arrebatos y perdonar nuestros temerarios juicios á la presencia de ciertos dramas terribles que desgarran el corazón.

Los aullidos sonaron mas cerca y hasta la colina pareció estremecerse con ellos.

Aquellos feroces animales debían hallarse ya muy cerca de la víctima que buscaban.

Pero Marcial, el leal perro de Guillermo Monci,

debía defender una vez más á sus amos, libertándoles la vida; pues los lobos encontrándole á su paso le rodearon, dejando unos momentos la senda que llevaba hasta la pobre Teresa.

Aquel primer banquete no era tan de su gusto como el otro, pero se decidieron á despacharle, para proseguir haciendo los honores á otros platos.

Todos vivimos equivocados en el mundo, y nadie sabe lo que le espera.

Cuando estos feroces animales preparaban sus manos y sus colmillos, un rayo de luna alumbró el cuadro, y á su fulgor diamantino se vieron cruzar algunas balas, y se oyeron distintos tiros á boca de jarro.

Las tropas feroces se dispersaron, partiendo con velocidad hácia las sierras, dando tronadores aullidos, y entonces se vieron salir de entre los árboles algunos hombres armados, que silenciosos se encaminaron á la pendiente de la colina.

IV.

El albergue.

Entretanto que esto sucedía por aquellos lugares, otro cuadro no menos interesante se ofrecía en el interior de la aislada casita, que había hecho esclamar á Teresa aquella tarde:

—¡Oh! ¡quién tuviera ese albergue precioso para mi padre! ¡Quién viviera allí con él y mi viejo Marcial que tanto nos quiere!

Dios había oído á la niña; pues el bravo Guillermo reposaba por la noche en un cómodo lecho de aquella casa.

Su agujereado capoton azul, colgado en un clavijero, parecía el centinela del lecho del moribundo.

Su pobre zurrón estaba sobre una bonita mesa barnizada, pareciendo una insolencia desagradable que tan vasta lona adornase tan precioso mueble; pero nunca está más hermosa la butaca de un rico, que cuando ha hecho sentar en ella al desgraciado anciano que viene á implorarle.

El báculo, el capoton, el zurrón y la gorra de Guillermo, hacían un tierno contraste con la cama blanda y ricamente vestida donde este se hallaba tendido y el mueblaje precioso que le rodeaba.

Algunos bonitos frascos y el punzante olor de medicinas espirituosas se apercibían desde bien lejos; así como la presencia de un noble caballero, que sentado junto á la cama, estaba cabizbajo y meditando.

Á los piés oraba una anciana de noble aspecto, y ambos se acercaban cuidadosos de vez en cuando para oír la respiración del viejo soldado, que dormía en aquellos instantes con la mayor tranquilidad.

—¿Podrá vivir? hijo mío,—preguntó la noble señora con voz conmovida.

—¡Perdería mi nombre de Florencio, si no salvara la vida á ese anciano, madre mía! contestó gravemente el caballero, y alzó sus ojos, que eran expresivos y hermosos, para mirar de nuevo si el enfermo dormía.

Una dulce y satisfactoria sonrisa animó su semblante, y acercándose á la anciana cogió sus manos con cariñoso respeto, las llevó á los labios, y dió en ellas un beso menos ardiente que el del amor, y más verdadero y apasionado sin embargo.

—¡Madre mía! ¡retiraros á descansar! La noche avanza y os vais á poner mala si veláis conmigo.

—Cuándo mi hijo no duerme, contestó ella, no duerme su madre.

—Vuestro hijo está acostumbrado, mi madre querida, á pasar la noche en una tienda de campaña, velando á los heridos mientras se oían las balas, ó se oía el tambor á lo lejos, anunciando la batalla sangrienta que se preparaba para otro día.

—Pero hoy estás, contestó ella, bajo el techo de tu madre, que parte contigo sus penas ó sus alegrías, sus ratos de descanso ó sus desvelos.

—¡Oh! ¡mentira me parece tanta felicidad! dijo con entusiasmo aquel hombre de noble presencia, y abrazó á su madre.

¡Qué hermoso grupo presentaban!

Porque aquella señora, á pesar de la edad, era una de esas hermosuras que desafían el tiempo, privilegiados seres que no envejecen, madres felices, cuyo profundo amor les presta lozanía hasta el morir.

—¿Si habrán encontrado á la pobre niña?—dijo de repente la señora, escuchando con atención.

—Fortuna sería, mi querida madre, dijo el joven suspirando dolorosamente; porque, según me dijo Estéban, cuando la mataron su perro dió á huir por esos campos, dando espantosos gritos.

—Hasta los criados de nuestro vecino participan de la dureza del corazón de su amo,—dijo la señora, indignada con la escena que le había referido uno de sus trabajadores.—Por fortuna, continuó: Estéban, vió llegar á la niña á la gran portada, y vió también arrojarle á su padre al río, y todo lo que pasó

con el pobre perro. Si no hubiese dado esta casualidad, nadie buscaría á estas horas esa infeliz criatura.

—¡Pobre niña! exclamó Florencio, casi arrasados los ojos de lágrimas. Dicen que era tan hermosa y humilde como desventurada.

Estéban se hallaba en el camino cuando pasó el grupo, y asegura que nada puede darse más conmovedor.

—¡Ah! ¡no me había engañado! ¿Oyes pasos? dijo la señora interrumpiendo á su hijo.

¡Ya están ahí! ¡Oh! ¡ya están ahí!

Y doña Isabel se lanzó veloz á la puerta para recibir en sus brazos á la hija del pobre militar, que en este momento abrió los ojos para presenciar tan tierna escena.

Teresa entró en la estancia, apoyada en aquella señora bendita, que la colmaba de halagos.

La jóven iba pálida como la muerte, y en sus miradas se notaba algo de estravío mental.

Cuando se vió en medio de gentes y en una habitación cuya puerta cerraban, se lanzó á abrirla y quiso lanzarse al campo, gritando con enronquecido acento.—¡Padre! ¡padre! ¡padre mio!

Guillermo al oirla saltó del lecho, dando un gemido doloroso, y padre é hija se encontraron al fin, pudiendo Teresa romper en un llanto que la salvó de la locura.

Después miró en derredor, y ambos, por un mismo sentimiento, se arrojaron á los pies de sus bienhechores.

Estos les levantaron con dulzura, é hicieron á Guillermo que volviese á reposar como antes; pues había sufrido mucho para hacerle arrojar el agua escesiva que había tragado aquella tarde.

Después hicieron también acostar á la niña, dándole un alimento ligero, que es lo que permitía el estado nervioso en que se hallaba, y madre é hijo velaron toda la noche al lado de sus enfermos.

No en vano llamaban las gentes á aquella *La casa bendita*, y á la casa grande *La casa del infierno*.

El vulgo es necio, dicen todos al ocuparse de la clase inferior, que vive de comentarios y hablillas: esta será una verdad; pero también lo es que rara vez se equivoca en sus apreciaciones y juicios.

La fama de la caridad de Florencio y su madre se extendía por la comarca, mientras que la familia de la *Casa grande* era objeto de sarcasmos y críticas punzadoras y terribles.

Es cierto que solo debemos compadecer y no zaherir.

Es cierto que nada debe comentarse, ni echar á pique reputaciones mejor ó peor sostenidas; pero es cierto también que muchos trabajadores presenciaron la escena de la pobre niña, arrojada del diván que iba á llenar de miseria, y ahora la veían al lado de la más noble señora, cuidada y asistida con esmero, sin temor de que sus harapos viniesen á ennegrecer sus damascos ni sus holandas.

Ocho días llevaban ya de vivir allí tratados con esmero, cuando una mañana salió de su cuarto el pobre Guillermo, arrasados los ojos de lágrimas y armado de su gorra, su capoton azul, el báculo y el zurron que llevaba en todas las expediciones.

—¿Dónde vais, buen Guillermo?—le preguntó doña Isabel, que traía á Teresa de la mano.

—A buscar á mi hija, y á daros las gracias de todo para emprender nuestra peregrinación de nuevo.

La niña, al oír á su padre, se estremeció, y cogiendo el brazo de su padre dió un gemido, disponiéndose á marchar llena de angustia y dolor.

—¡Ah! ¿estabas ahí, hija mía?—exclamó el pobre ciego, besando con delirio la frente de Teresa.

—¡Sí, padre mio! ¡sí! Aquí está á vuestro lado, y dispuesta á marchar, después de bendecir á nuestros bienhechores.

Y diciendo esto, arrastraba á su padre á los pies de doña Isabel, y besaba la orla de su vestido, y vertía un mar de lágrimas, viéndose precisada á lanzarse otra vez á la miseria y la vida errante de los pordioseros y los desvalidos.

¡Había sido tan feliz en aquella casita!

¡Eran tan buenos sus moradores!

Doña Isabel los contempló en silencio. Su corazón se desgarraba al verlos partir; pero como todos los días su casa era un albergue de desventurados, no se atrevía á proferir una frase que pugnaba por salir de su generoso pecho.

La niña oprimía sus manos y las cubría de besos y de lágrimas, y el infeliz ciego se arrastraba á sus pies, diciéndola: ¡Bendita! ¡bendita, seais, señora!

Pero la niña se alzó de repente: miró en derredor buscando á alguno, y con un acento que no puede describirse, pues que hay ciertas emociones para cuya pintura no hay lenguaje suficiente en ningún idioma, preguntó á doña Isabel, derramando un llanto hasta entonces comprimido:—¿Y vuestro hijo, señora?

Esta fué una esplosion para aquellos tres séres, que á estas palabras formaron un solo grupo; pues doña Isabel recibió en sus brazos al padre y á la hija, y respondió llorando con ellos:

—¡Mi hijo! ¿por qué buskais á mi hijo? ¿quereis que le mate el dolor?

—¡Teneis razon, señora! ¡Mejor es partir sin verle!

Y la pobre niña oprimia su pecho con ambas manos, porque se sentía morir.

—¡Vamos, padre mio! dijo, cogiendo la mano de su padre.

Doña Isabel cayó desvanecida en un sillón.

Al mismo tiempo, Florencio se presentó en la estancia. Todo lo había visto y oído; y con un noble arranque, que solo comprenderán las grandes almas, exclamó, estrechando á aquellos desventurados sobre su pecho:

—¡No! ¡no partireis! ¡Esta casa será vuestro asilo para siempre!....—Pero recordando que no había contado con la voluntad de su madre, se volvió hácia ella como para pedirle perdon.

Esta adivinó su movimiento, y arrojándose en sus brazos, le dijo:—¡Oh, qué venturosa, acabas de hacer á tu madre!

La escena que ocurrió entonces, fué conmovedora y grande.

—¡Luz Padre mio! ¡luz para mis ojos! dijo Guillermo, que se afanaba por ver el rostro de aquellos dos séres tan superiores.

Teresa comprendió por qué pedía la vista su padre, y le dijo.—¿No os ha concedido Dios bastante con que veais sus almas generosas?

¡Tienes razon, hija mia, tienes razon! ¡Soy el más feliz de los hombres.

Y aquel anciano, cuyos miembros se habian endurecido en las batallas, lloraba como un niño, y se arrodillaba juntando las manos y elevando preces.

—¿Veis, padre mio, cómo hay caridad en el mundo y justicia en Dios?—dijo Teresa, cuyos hermosos ojos se alzaban mirando á sus bienhechores, como miraba la hermana de Lázaro á Jesucristo.

—Nada nos debeis, dijo solemnemente Florencio. ¡La virtud tiene un albergue en cada hogar. ¡Desventurados los que no ceden un rincón á la desgracia!

V.

Debían haber pasado algunos años de las escenas que acabamos de referir, cuando los habitantes de

la *Casa grande*, salieron á la portada y á los balcones y rejas de la casa, dando gritos desolados de ¡fuego! ¡fuego! ¡que nos abrasamos! ¡socorro! ¡socorro! ¡fuego!

Todas las gentes de las cercanías acudieron á estos gritos desgarradores, y Florencio salió de su casita para volar en ayuda de sus vecinos; pero con gran asombro vió que los trabajadores, en vez de aproximarse al lugar del siniestro, se alejaban sin volver la cabeza siquiera, y que las gentes que acudían eran mujeres, ancianos y niños, que nada podían hacer, sino aumentar le confusion con sus gritos.

Florencio, viendo lo espantoso de aquella situación, corrió tras los trabajadores, y reuniendo algunos, les dijo:—¿Dejareis perecer así á vuestros amos?

—¡Nada se les quema! contestaron con voz sorda. Lo que veis ahí arder, es nuestra sangre y la de nuestros hijos!..... Cada dia nos han robado á nosotros un pedazo de pan para ir enriqueciendo y elevando ese edificio. Entretanto nos maltrataban cruelmente, y si levantábamos la voz, decían:—Muérete de hambre, aquí no trabajas más, que otro que tenga más familia y se vea ahorcado, lo hará por tí!

—¿Y teneis corazon para mirar friamente esas llamas que van á destruir la tierra que cabásteis, los lugares á cuya sombra vinieron á comer vuestros hijos, y los dueños que aunque escasamente, al fin os dieron el pan que no hallábais en otros lugares?

¡Oid! ¡oid! ¡Hasta el frio metal de la campana llora y publica la catástrofe!

¡Ella os está llamando, y quiere derramar lágrimas para entristeceros!

¡Los niños y las mujeres gritan y os piden ayuda! ¡Mirad! mirad vuestras esposas. También debían estar ofendidas, y, sin embargo, vedlas allí. Sacan en sus brazos á la señora que parece moribunda.

¡Mirad! ¡mirad bien! Ahí va mi Teresa: la esposa de mi corazon, que, como sabeis, fué arrojada cuando niña de esa casa, por que la vieron pobre y abatida.

Allá vá también mi madre. ¡Apenas puede andar! ¡Madre de mi corazon! ¡Qué buena es mi madre!

¡Mirad mis dos pequeñuelos cómo lloran! Su llanto es porque conocen su impotencia y su pequeñez.

¡Mi padre! ¡Mi octogenario padre Guillermo, no vé las llamas, pero escucha la campana, y llama en socorro de los que le mataron su perro cruelmente!

¿Qué os parece esa escena, á vosotros que huís mientras avanza el elemento destructor?

—¡Al fuego! ¡Al fuego! contestaron los trabajadores; y cogiendo sus azadones y sus útiles de labranza, se tiraron como leones por un repecho á cuyo final estaban las vertientes que daban el agua á la casa grande; y maniobrando ágilmente, como los más entendidos hidráulicos, lograron hacer subir el otro elemento que habia de destruir aquellas espantosas llamas.

Era de ver aquellas buenas gentes, que en otro tiempo no pasaban siquiera por aquellos alrededores, por no sufrir la insolencia con que eran tratados, y ahora esponían sus vidas por salvar la de los orgullosos señores.

Las ancianas alentaban á sus hijos, las mujeres á sus maridos y hermanos, y todos lloraban y todos sufrían, y todos deseaban salvar, no solo las vidas, sino los intereses de aquellos que fueron tan tiranos mientras estaban en la opulencia.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

NOTICIAS TEATRALES.

Habiendo desaparecido por completo la terrible epidemia que tan hondos estragos ha causado en la poblacion, las diversiones públicas empiezan á recoger alguna animacion, si bien tan paulatinamente, que dista mucho de ser todavía la que reina en los tiempos normales.

Y no es extraño: no se borran en un día las pavorosas huellas de una calamidad: ni en un día tampoco se olvida el espectáculo desolador que acabamos de presenciar; ni en tan breve espacio de tiempo puede recuperarse el sentimiento público del horror, del asombro, de la consternacion y del dolor que se ha experimentado durante un período tan aflictivo. Sin embargo, los teatros han abierto sus puertas, se entiende los que las habian cerrado, volviendo á inaugurar sus trabajos con asistencia de un público que, si no es numeroso, cada día se acrecienta más.

El de Oriente sigue dando representaciones con malísima fortuna; despues del fracaso de *Il Saltimbanco*, ópera de Paccini, hemos asistido á la repre-

sentacion de *Hernani*, obra que hizo un verdadero fiasco, y que proporcionó á los cantantes una silba que estremeció á la lucerna. El empresario, Sr. Caballero del Saz, convencido de la nulidad de las partes que tenia contratadas, se halla en el extranjero buscando cantantes de primer orden ó de más reputacion, cosa que no sabemos si podrá lograr, aunque se provea de la linterna de Diógenes. Esperamos, pues, el regreso del Sr. Caballero del Saz para conocer el resultado de sus gestiones, y entretanto pedimos á Dios, de todo corazon, embote los oídos de los *dilettanti* de la corte, para que no perciban los gallipavos y los graznidos de la *troupe* del coliseo de Oriente.

En Novedades se ha estrenado un drama del señor don Luis Blanc, nominado *El amigo de los pobres*. Obra de circunstancias, escrita con descuido y precipitacion, no hemos encontrado en ella ni belleza, ni condiciones dramáticas. Aplaudiendo el objeto á que ha sido destinada, no podemos, sin embargo, dejar de lamentar su escasa importancia, la mediocridad de sus caracteres y la pesadez monótona de las formas. Los actores de aquel coliseo la degollaron á la perfeccion, como de costumbre.

En el teatro del Circo siguen poniéndose obras del repertorio de Matilde Díez, idea mas laudable que la de presentar en escena comedias nuevas, llamadas á producir el tédio y la soñolencia en el ánimo del espectador.

Jovellanos abrió sus puertas con la presentacion de una zarzuela nueva, bautizada con el horripilante título de *El lago de las serpientes*. Este teatro está siendo víctima este año de una epidemia literaria, mas terrible, si cabe, que la del cólera. El número de sus estrenos puede contarlos hasta hoy por el de las derrotas. En cuanto á *El lago de las serpientes*, zarzuela cuyo título prevenia bastante en su contra al espectador, solo podemos decir que es un verdadero lago de sapos y culebras literarias, que proporcionó al público momentos perversos é insoportables. No obstante, se aplaudieron algunas piezas de música dignas de tal honor por su buen corte y agradable armonía. Escusado es decir que esta obra ha pasado ya á dormir el sueño de la muerte, sobre su correspondiente lecho de polvo.

En el teatro del Principe se ha puesto en escena últimamente *El café*, obra magistral del célebre Moratin, que tan admirablemente desempeñan Romea y Valero. Ambos actores han recogido gran cosecha

de aplausos en su desempeño, ensanchando más el círculo de la simpatía que siente por ellos el público.

De *La silla de espigas*, comedia en cuatro actos estrenada recientemente en aquel coliseo, nos ocuparemos en el número inmediato, dando por hoy fin á estos renglones bajo la agradable impresion de la desaparicion del cólera, verdadero acontecimiento de actualidad, suceso fausto que agradecemos á la Providencia, con toda la efusion de nuestra alma, y que está llamado á devolver la vida, la animacion y la alegría al vecindario de Madrid por tanto tiempo castigado con los rigores de la calamidad que afortunadamente acaba de abandonarnos. Vueltas las cosas á su estado primitivo, nos esforzaremos en adelante por prestar interés y amenidad á este SEMANARIO, pidiendo humildemente perdon á nuestros lectores de las faltas que en él hayan podido notar, durante un periodo tan doloroso, en que nuestro ánimo no podia consagrarse con desembarazo completo á las tareas periodísticas.

LEANDRO A. HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Para cautivar la atencion de nuestras bellas maravillosas, ¡cuántas fantasías, cuántas escentricidades, y cuántas bellezas de buen gusto se hallan prontas á brotar del borde de nuestra pluma! Si quisiéramos lanzarnos en las escentricidades, no nos faltarían detalles, porque la lista de cosas de pésimo gusto casi imposibles, y no obstante admitidas por cierto número de elegantes, llenaría muchas páginas.

Dejemos á un lado el oro y los relumbrones, empleados con profusion; hoy nos ocuparán las disposiciones: ¿qué es lo que vemos sobre los tejidos? *Gladiator*, la *Hija del viento*, etc., todos los caballos célebres con su acompañamiento de jockeys, de casquetes, estribos, aceros, látigos..... hagamos alto, porque no acabaríamos la nomenclatura de equitacion; ya hallaremos dichos objetos sobre las cintas de moda ó los cabos de las corbatas ilustrados del mismo modo. Dias pasados vimos en el interior de un sombrero una cabeza de caballo de acero bruñido, colocada sobre un bandeau de terciopelo azul. Las joyas afectan tambien este género; el hierro de

caballos y los estribos se ostentan en pendientes, no siendo raro apercibir en medio de un alfiler de pecho un pequeño jockey sobre un caballo lanzado á todo escape. Esto mezclado de diamantes seria muy rico, pero de muy mal gusto, no citándolo nosotros, ¡librenos Dios! como un ejemplo, sino más bien como un simple detalle.

Entremos en el capítulo menos accidentado pero más *comme il faut* de las modas sin caballos ni jockeys.

Tenemos unos bellísimos tejidos para trajes de fantasía que deseáramos presentar en todo su brillo á nuestras lectoras, porque son bastante difíciles de explicar. El bajo de la falda se compone de una tira negra de raso, ancha, de veinticinco centímetros, poco más ó menos, de cuya tira parten líneas igualmente de raso negro, bastante anchas en su origen, que continúan aminorando hasta concluir en un hilo á media falda. Por este medio se obtiene un efecto de media tinta admirablemente graduado, verdaderamente espléndido, ejecutado sobre fondos *moiré-antique* malva, pensamiento, azul Méjico y Vesubio. Este último, sobre todo, es magnífico, y color sobre color, tambien muy distinguido; enteramente azul con el raso de una tinta más oscura que el *moiré*, es una fantasía que nos parece muy jóven.

La forma princesa, que tanto hemos encarecido en otras ocasiones, conviene perfectamente á estos trajes.

Para vestir podemos citar casacas ajustadas en terciopelo, recubiertas enteramente de guipure, salvo las mangas; en las sisas se halla un jockey, especie de volante, y la manga permanece de terciopelo liso.

Una casaca nacarada, recubierta en negro, y otra de terciopelo azul Méjico, toda en guipure Cluny, serán muy admitidas, sobre todo como vestas de interior; mas para permitirse semejante casaca, es necesario tocar en lo maravilloso; en tanto que la vesta fantasía es la generalmente adoptada por las casadas jóvenes. Abrigamos la esperanza de que esta fantasía, elegantemente sencilla, compartirá la boga con los bordados de oro que se prodigan por todo mismamente sobre los mantos de paño. ¡Qué espanto!

Las bellísimas sederías abundan al lado de las ya descritas; hallamos *moiré-antique* á rayas iguales en raso; *point-de-soie*, bordados, y luego sembrados de abejas de oro ó plata sobre fondos de tul. La go-

londrina ocupa su lugar en medio de estas encantadoras fantasías, y aun cuando sea algo prematuro el hablar de trajes de baile, podemos decir los tules que hemos visto sembrados de golondrinas lameadas de negro y plata, ó encarnado y oro, y tambien que se preparan en raso las mismas disposiciones bordadas en relieve.

La perfeccion á que ha llegado el foulard, lo coloca en disposicion de formar parte en las provisiones de toda estacion. Las nuevas disposiciones son encantadores sembrados de toda clase de flores sobre fondos blancos de crema, de anchas rayas género pekin rosa ceniza, azul de Sèvres, verde celadon, sobre fondo blanco; luego medias lunas, rombos, y fantasías de toda especie, verdaderos trajes para niñas solteras.

Los sombreros son cada día más pequeños, y los hay lindisimos, pues no habiéndose apoderado enteramente de la situacion la forma imperio como se anunciaba, ha hecho algunas concesiones á la forma fauchon, resultando un compuesto de ambos géneros bastante gracioso. El fieltro, cuya boga habíamos predicho, no nos ha engañado; se adopta mucho. Señalaremos especialmente un sombrero en fieltro gris, bordeado de terciopelo azul Méjico, é ilustrado con una simple cuerda gris anudada sobre el lado que termina en dos borlas, sirviendo de punto de partida á una pequeña pluma pintada, echada graciosamente hácia atrás. Este sombrero es un modelo de distincion. El interior es de terciopelo azul con cuerda gris y bridas azules.

Terminaremos diciendo hemos visto un sombrero todo en astrakan, que nos parece algo pesado: tanto valdria tomar francamente el gorro persa. Por último, no se sabe qué inventar.

Ahora que los vestidos cortos se hallan á la orden del día, diremos que solo las botas altas son admitidas como calzado. Se escogen de cabritilla con borlas de raso de lana, y guarnecidas de astrakan.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

El primer lado se compone de diferentes abecedarios, en varios tamaños, para marcar toda clase de ropa blanca.

El segundo lado son patrones y labores.

Números 1, 2 y 3, son delantero, espalda y man-

gas de un abrigo corto para llevar dentro de casa con cualquier falda. Puede hacerse de paño, beludillo, ó muleton inglés de color; ribeteándole con un cordon de pasamanería.

Los números 6, 7 y 8, son los modelos para un limpia-plumas. El núm. 7 representa la labor empezada. El núm. 6, concluida, y el núm. 8 es el patron para cortar el paño.

MODOS DE HACER ESTA LABOR.

Se toma un pedazo de terciopelo de un color fuerte, y se corta en redondo como el modelo núm. 7, despues se fijan sobre este redondel las aplicaciones de terciopelo negro que forman dos dibujos, un círculo redondo y una cinta enlazada alrededor. Se figurará el enlace de las cintas pasando el soutache de arriba abajo. Estas aplicaciones van rodeadas por ambos lados con una trencilla de oro. En el círculo del centro la trencilla forma ondas puntiagudas, y en cada una de ellas va colocada una cuenta negra. La aplicacion que enlaza con este círculo lleva en su centro una hilera de cuentas. Antes de concluir el limpia-plumas debe rodearse el borde con una trencilla ó cordoncillo de oro. Para estar terminado, se cortan tres ó cuatro redondeles de paño negro como el patron núm. 6, y se colocan uno encima de otro, un poco mayores cada uno, á fin de que siempre sobresalgan los piquitos que le rodean en el que quede debajo, pudiendo darle de este modo toda la estension que se quiera. Se termina colocando en el centro un boton grande, ó una figurita de adorno, que es muy fácil encontrar en los bazares de quin-calla.

Creemos que esta labor tan linda y de tan sencilla ejecucion será muy del agrado de nuestras lectoras, que pueden con ella sorprender agradablemente á sus papás ó esposos. presentándosela en días de gratos recuerdos encima de sus mesas de despacho.

Núm. 9. Entredos para falda á plumetis y cordoncillo.

Núm. 10. Gran cifra para sábanas ó mantelerías.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.